mas deseable, el mas conforme á los intereses de la humanidad y al presentimiento de sus destinos. ¡Qué lástima que su base no sea mas sólida y que descanse únicamente en una hipótesis!" Ya he contestado yo á este argumento; y hé hecho ver que los descubrimientos mas incontestables han tenido su punto de partida en una hipótesis, y que la hipótesis no toma el rango de verdad, sino en tanto que explica mejor que ninguna otra los fenómenos del mundo físico ó moral, del cual se ha propuesto uno dar cuenta. No es mi intencion repetir lo que ya he suficientemente desarrollado; quiero añadir solamente una observacion desiciva: convenir en que mi sistema explica mejor que cualquiera otro á Dios, al hombre y al Universo, que es el mas consolador y el mas deseable; ¿nó es esto proclamar implícitamente la grandeza de la verdad? No son diferentes las razones por las que se vé como verdadera, la teoría de Newton sobre la atraccion universal, de Galileo sobre los movimientos planetarios; partidos de una hipótesis, estos dos sabios no las han hecho admitir, sino despues de haber probado que su hipótesis explicaba mejor que cualquiera otra los fenómenos. Lo que ellos han hecho por sus sistemas, he hecho yo por el mio: mis lectores han sido poco mas ó ménos unánimes en rendirme este testimonio.

La mision del filósofo, no es ademas la de imponer sus ideas, sino la de someterlas al juicio y á la conciencia de cada uno de sus lectores. Esta es la satisfaccion de aquellos, esto es su anhelo por encontrar la verdad en donde quiera que la buscan y aun su en-

tusiasmo que constituye, á decir verdad, el buen éxito de estas teorías. Con esta misma disposicion de Espíritu he venido yo mismo á hacer la historia de la doctrina de la pluralidad de las existencias del alma.

Todo sér debe llegar á su fin en el sistema de la naturaleza. Las grandes y nobles esperanzas que hacen latir nuestro corazon no pueden dejar de verse realizadas. Dios no podria engañarnos; no nos habria inspirado deseos inmortales para hacernos volver á la nada.

Haced, pues ¡oh Dios mio! que mis trabajos no sean estériles, que los pensamientos que me han salvado de la duda iluminen así á mis hermanos. Espesas tinieblas oscurecen hoy la razon de los hombres; las tendencias de la materia, los dominan y los encadenan; la fé se muere, la esperanza se desvanece, la caridad se extingue. ¿No podemos volver á levantar á nuestros amigos y á nuestros hermanos, libertarlos y regenerarlos? Sin duda queremos decirles: Pensad en *la tierra, haced creer á la humanidad*; pero al mismo tiempo ¿no debemos mostrarles el cielo?

Enero, de 1866.

PREFACIO DE LA PRIMERA EDICION.

Juan Reynaud en su notable obra de *Tierra y cielo*, ha hecho comprender la union íntima y la solidaridad que existen entre la pluralidad de los mundos, verdad material que debia ser demostrada por la astronomía: y la pluralidad de existencias, verdad moral que puede sola explicarnos los problemas del orígen y del destino. Nosotros harémos ver que, en efecto, estas dos verdades se tocan, y que han marchado siempre unidas, sea en los misterios ó sea en la tradicion oral, en parte consignada por escrito en el Zohar, teología secreta, de la antigüedad sagrada.

Así es como colocándose bajo este punto de vista un astrónomo, partidario de la doctrina filosófica preconizada por Juan Reynaud, y á quién sus estudios es-

peciales y sus conocimientos científicos dan una merecida autoridad, M. Camilo Flammarion, acaba de publicar el importante libro de la *Pluralidad de mundos habitados*, que analizarémos en el capítulo IX de nuestro libro tercero titulado *Juan Reynaud, Enrique Martin, Camilo Flammarion.*

Así es que, con el fin de completar esta obra, ó por mejor decir, con el fin de continuarla, hemos compuesto la presente, *Pluralidad de las existencias.* Expliquemos á nuestra vez la razon que hemos tenido para ocuparnos de este asunto capital.

Desde que escribimos [1838], hemos sostenido siempre, sin tergiversacion y sin flaqueza, como formas de la inmortalidad, las vidas sucesivas, las preexistencias, la pluralidad de las pruebas, lo que algunos contemporáneos han llamado la ley de las reencarnaciones. Hemos hablado en todas nuestras obras, lo mas á menudo, bajo el punto de vista histórico, es decir, que nuestra constante preocupacion ha sido volver á encontrar, sea en la antigüedad ó sea en los tiempos modernos, la filiacion de nuestro sistema sobre la vida futura; pero no hemos podido llenar, sino imperfectamente esta tarea en opúsculos ó libros que no prestan grandes desarrollos, y donde se encuentran solamente noticias fragmentarias. De aquí la necesidad de este tratado. En él, seguimos en cada pais y en cada civilizacion la marcha sucesiva de esta grande idea, *pluralidad de las existencias del alma.* ¿Cuáles documentos nos proporciona bajo este respecto el Oriente, Alexandría, la Gália, todos los pueblos, en una palabra, comprendidos

bajo la denominacion de *Gentiles?* ¿Qué nos enseñan la teología Judía Vulgar y la teología secreta de la misma nacion? ¿Qué dicen la teología cristiana y los Padres de la Iglesia?

Llegamos á los tiempos modernos: Giordano Bruno, Van-Helmont, Dolormet, Cárlos Bounet, Dupont de Nemours, Lessing Vichte, Ballanche, Constant Savy, Kératry, Juan Reynaud, una multitud de otros pensadores mas ó ménos célebres, se reunen en esta comun afirmacion de la pluralidad de las pruebas, y en la negacion del falso dogma de la condenacion eterna.

Pedro Seroux y Cárlos Fourier, cualesquiera que sean sus errores, han tambien preconizado la idea palingenésica. La nueva doctrina del Espiritismo, uno de cuyos principios fundamentales es la pluralidad de las existencias, que designa bajo el nombre de *ley de la reencarnacion,* apoya su creencia, es sabido, en la revelacion de los Espíritus. No tenemos para qué discutir aquí este orígen; una opinion es siempre respetable cuando es sincera. Nuestro objeto es demostrar que, sin salir de la humanidad, se llega al mismo resultado; ó por mejor decir, que la humanidad tiene presente desde hace largo tiempo, esta gran ley de la naturaleza, por el órgano de los mas ilustres pensadores de todos los siglos y de todos los países. Sus escritos nos suministran en apoyo de nuestra tésis, argumentos decisivos, juzgándolos bajo el punto de vista exclusivamente racional y filosófico.

Nosotros nos reducirémos á establecer las proposiciones siguientes:

1.º Los antiguos jamas han creido en la eternidad de su infierno, sino que siempre han sostenido el renacimiento en la Tierra ó en otros mundos, despues de un tiempo mas ó ménos largo;

2.º La creencia en las vidas futuras ha sufrido transformaciones en su marcha progresiva apróximándose mas y mas á la verdad. Desde luego ella concibe en sentido vulgar y grosero, una degradacion posible del alma hasta las plantas y á los animales; se ha elevado poco á poco atravesando los siglos á un renacimiento exclusivamente humano, dando todo su ejercicio á la inteligencia y á la moralidad, para venir á parar en nuestros dias con Ballanche, Juan Reynaud y los contemporáneos, á su verdadera fórmula.

La importancia filosófica de estos estudios no podria ser negada ni ménos su propósito.

El primer libro tratará de la antigüedad profana; el segundo de la antigüedad sagrada; el tercero comprenderá los modernos y los contemporáneos; el cuarto, en fin, será un resúmen de nuestras opiniones con razones decisivas que, á nuestro juicio, resuelvan definitivamente la cuestion.

El todo está precedido de una corta introduccion, conteniendo el sumario de las pruebas de la inmortalidad de la persona humana.

Una vez reconocida esta inmortalidad, ¿cuáles son las diversas hipótesis entre que puede hacerse eleccion y cuál ha sido la solucion dada por todas las edades?

Dos corrientes opuestas se manifiestan: la una significa inmobilidad en el castigo y en la recompensa; la

otra se resume en dos palabras: *rehabilitacion y progreso*.

Nosotros harémos ver la imposibilidad de la primera, y la alta certidumbre de la segunda, histórica y dogmáticamente á la vez.

En una palabra, sustituir á las nociones vagas del purgatorio y á las creencias primitivamente salvajes del infierno eterno, el dogma de las vidas sucesivas—estacionarias, expiatorias ó ascencionales, segun el caso—verdad tan moral como material el dogma de *la pluralidad de mundos habitados* en el universo de Dios; tal es nuestro objeto, tal es nuestra profesion de fé que hacemos desde luego y que se confirmá en todas las páginas de nuestro libro.

A. Pazzani.

Lyon, Octubre de 1861.

INTRODUCCION.

Exposicion de la cuestion.—Spinoza.—Hegel.—Channing.—Strauss.—Michelet de Berlin.—Refutacion.—Julio Simon.—Pruebas.—Damiron.—Prueba ontológica.—Pelletan.—Otras pruebas.—Porfirio.

Muchos filósofos reconocen la inmortalidad del principio pensante, pero niegan que la identidad se conserve; que la conciencia, la memoria del pasado, ligue al nuevo sér con el antiguo: tales son, por ejemplo, Spinoza y Pedro Seroux. Otros filósofos distinguen entre la perpetuidad del alma, que les parece poder ser demostrada ontológicamente, y la perpetuidad del pensamiento con conciencia, que juzgan solamente una probabilidad sublime. Ningun interés hay para nuestro Espíritu en saber si hay en nosotros un principio

que resiste á la muerte. Si éste no es el mismo sér, si ningun recuerdo le une al pasado, si nuestra persona, en una palabra, no sobrevive á la muerte, aun una vez mas, ¿qué nos importa? Es el sér con conciencia, con memoria el que queremos salvar; el resto es nada para nosotros. La cuestion, pues, ha sido siempre mal planteada, y por consiguiente mal resuelta. Preguntarse á sí mismo si el alma es inmortal, en verdad es pura simpleza. ¿Y cuándo habeis visto perecer alguna cosa? Nada muere aquí abajo, ni aun el cuerpo que se disuelve y va á formar nuevos compuestos: todo es mutacion perpétua en la naturaleza; la destruccion no tiene lugar en este mundo, es una renovacion, un cambio de todos los dias. Hoy lo que llamarémos la muerte del cuerpo no puede aplicarse al alma, cosa que ha puesto fuera de duda el análisis psicológico que nos revela la unidad y su simplicidad. Pero, repitámoslo, este no es problema, y ni aun hay problema allí donde nadie lo ha visto hasta hoy; el problema no comienza sino donde se pregunta si hay continuidad de ser, de pensamiento, de persona; allí está la cuestion y no en otra parte. Esto supuesto, y no se nos negará, podemos decir cuales son las filosofías que han negado la inmortalidad de la persona; son aquellas cuyos principios tendian á abolir la personalidad en el porvenir. Desde luego los materialistas: supuesto que segun ellos el hombre no está formado mas que de un cuerpo, una vez disuelto el cuerpo, vuelve á los elementos de donde ha sido tomado; ya no hay persona, el hombre desaparece sin esperanza de vuelta. En el panteismo

naturalista, el mismo razonamiento es aplicable. En el panteismo abstracto, no hay de eterno y de absoluto mas que la idea que se desarrolla y *viene á ser* en una multitud de séres que se desvanecen para dar lugar á otros. Es evidente que la inmortalidad de la persona no puede ser admitida, en este sistema, sino por inconsecuencia. En el panteismo místico, en que el hombre es nada y donde Dios es todo, es claro que el mas grande término de felicidad es la destruccion de la personalidad por la absorcion en Dios. ¿Qué es la persona sin la libertad? La libertad, y la libertad benemérita, es un atributo distintivo de la persona; no se le podria arrebatar sin aniquilarla á su vez. A los ojos de la lógica no hay distincion que hacer entre las opiniones de que acabamos de hablar; los errores son del mismo género, porque tienden todos á negar la personalidad humana despues de la muerte.

Seria demasiado largo y fastidioso enumerar todos los filósofos que han enseñado la inmortalidad del alma; hablaremos de ellos en general, dividiéndolos en tres clases especiales: 1.°, los que han admitido el término de la prueba despues de la vida terrestre; 2.°, los que han admitido una metempsícosis terrestre; 3.°, los que se han pronunciado por una série de vidas sucesivas. Vamos á ocuparnos especialmente en esta introduccion, de los filósofos que han mirado la vida futura como una quimera, y de los que, reconociendo por completo la inmortalidad del alma, han negado ó al ménos dejado en la duda la persistencia de la personalidad.

Spinoza dice [Proposicion XXIII de la 3.ª parte] que el alma humana no puede perecer enteramente, que de ella queda alguna cosa, algo eterno, y ved aquí su demostracion: Hay necesariamente en Dios, una concepcion, una idea que expresa la esencia del alma; es así que, lo que es concebido por Dios con una eterna necesidad es algo; este algo que se refiere á la esencia del alma, es eterno. Se creeria por este pasaje que Spinoza no salva de la muerte al alma, sino en tanto que es una concepcion divina. Pero en su proposicion XXXIII de la misma parte, enseña formalmente que el alma tiene una parte mortal y una eterna, á condicion expresa que el cuerpo á que pertenezca sea propio para un gran número de funciones, porque entónces el alma posee en alto grado la conciencia de sí, de Dios y de las cosas. Esta es la primera vez, quizá, que Spinoza no es lógico, y la razon es fácil de comprenderse.

Forzado, en cierto modo, á filiarse en la opinion del género humano, ha pagado su deuda á las creencias comunes, y ha salido de su sistema; habiendo perdido todo encadenamiento lógico, no pudiendo obrar de otro modo, tenia que caer en contradicciones. De todas maneras se puede afirmar que Spinoza no ha comprendido la inmortalidad del alma en el sentido que nosotros le damos. El que no admite individuos, que no admite personas supuesto que no reconoce la libertad, supuesto que dice que todas las acciones son fatales el que ha apurado el principio del cartecianismo sobre la pasividad absoluta de las sustancias, transformándolas en simples modos de la sustancia única, el que

aniquilaba casi la personalidad en esta vida, no podia confesarla en la vida futura. Tales faltas, sobre todo, en un lógico semejante, son radicalmente imposibles.

Hegel mismo, jamas ha expresado abiertamente su pensamiento sobre el problema que nos ocupa. Nos parece que su doctrina rechaza la supervivencia personal. En la escuela hegeliana, apénas muerto el maestro, surgió una animada disputa á este propósito. Richter reveló el sentido esotérico de la filosofía hegeliana sobre este punto, con una audacia inesperada, y fué jefe de la izquierda de la escuela. Combatió con el sarcasmo la fé en la inmortalidad, y proclamó con entusiasmo el nuevo Evangelio de la muerte eterna y de la nada, de que se habia constituido apóstol. El centro hegeliano no ha emitido sobre la cuestion presente ninguna opinion precisa y cierta. Pero Goschel, uno de los mas renombrados discípulos de Hegel, y el representante del lado derecho, deista y ortodoxo, ha tentado vanamente probar que el verdadero sistema hegeliano no es opuesto á la inmortalidad individual. Ha ensayado penosamente establecer que la nocion idéntica al sér está dotada en sí misma de una fuerza vital, invencible, que nos garantiza la persistencia eterna del individuo. Veisse ha emitido la idea de que, entre los hombres, unos serian mortales y otros inmortales. Segun él los hombres vulgares, vacilantes, los que oscilan indecisos entre el bien y el mal, serán inevitablemente presa de la nada. No habrá esperanza de una vida inmortal, sino para aquellos que están regenerados y empapados en la fé cristiana, y despues de su mo-

mentánea conversion no reincidan en la impiedad. Fichte el jóven, profesa una opinion poco mas ó ménos semejante, sosteniendo que quien no ha obtenido la regeneracion, vivirá despues de la muerte aun algun tiempo, como en un sueño, como en una sombra, pero no podrá prometerse la eternidad. ¿Sobre qué está fundada toda esta teoría? Es, nos responde Veisse con mucha seriedad, es que en la antigüedad mas remota, los hijos de los dioses se unieron á las hijas de los hombres. La humanidad tal como se encuentra hoy, siendo el resultado de esta alianza, es manifiesto que debemos ser mortales respecto de los cuerpos, capaces de la inmortalidad por lo que respecta al Espíritu.

Se comprende por lo demas, que no queremos hacer á semejantes ideas el honor de una dicusion. Lo que acaba de mostrarnos que Hegel no ha enseñado la inmortalidad, es el pasaje siguiente de una carta suya á uno de sus amigos mas íntimos. Acabando este amigo de perder á su hijo, le escribió por consolarle de su pérdida, y en semejantes ocasiones, es cuando los pensamientos mas secretos se manifiestan. Hé aquí este fragmento:

"Yo no os haré mas que una pregunta, la que á mi mujer cuando perdimos nuestro primer hijo, entónces único; le pregunté: á cuál de los dos extremos que le proponia daria la preferencia, haber tenido un hijo como el nuestro en su mas bella edad y resignarse con todo á su pérdida, ó bien no haber tenido jamas esta felicidad. Vuestro corazon, amigo mio, preferirá el primer caso. Es en el que os encontrais. Todo ha pasado; pe-

ro aun os queda hoy el sentimiento de vuestro goce en otro tiempo, el recuerdo de vuestro hijo muy querido, de su alegría, de su sonrisa, de su amor para vos y su madre, de su bondad hácia todos. No seais ingrato á este contento y á esta dicha de que habeis gozado. Guardad de esto la memoria siempre viva y presente en vuestro corazon, y vuestro hijo, así como la alegría que habeis experimentado cuando lo poseíais, os quederán siempre."

¡Qué! ¿se vendrá aun á sostener que Hegel ha concebido la inmortalidad en su verdadero sentido? y cuando se trata de consolar á un amigo, cuando se debe buscar toda clase de razones para atenuar una afliccion tan cruel, Hegel nada dice en esta fria carta de la esperanza de una vida futura. Nada podria decir de esto, que no fuese á nuestros ojos una prueba de sus firmes convicciones, porque debia, para calmar el desconsuelo de un amigo, poner en obra aun motivos de que hubiera dudado; pero supuesto que nada dice á este respecto ¿nó estamos autorizados para concluir que su doctrina excluye formalmente la inmortalidad? Un recuerdo, ¡esto es todo lo que queda de los séres queridos que hemos perdido! ¿Nada hay en nuestra conciencia que se levante contra esta desoladora afirmacion? ¿Nó hay en nosotros una voz que nos grita: No, no es esa la verdad? Tenemos placer en oponer á Hegel una carta de Channing escrita á un amigo en las mismas circunstancias; habla de la pérdida de su propio hijo este hombre ilustre: "Sufro, le dice, pero jamas he olvidado que mi hijo pertenece á un Padre mejor que yo,